LOS TRES MUNDOS DE ALFONSO REYES

POR

EDUARDO CARRANZA

IMAGEN ÚLTIMA

Entre varias, escojo ésta: por sobria y conmovida a un tiempo. La escribió Juan Fernández Figueroa para su revista *Indice,* de Madrid. Nos parece ver a don Alfonso en el rellano de la escalera —al fondo, sus libros; más allá, toda su vida, noble y pura—, nos parece verle por última vez, inclinado ya sobre la baranda de la muerte. Tiene la calidad y el dinamismo de unos cuantos dibujos rápidos, nerviosos, esta imagen última de don Alfonso Reyes.

«Fuí a verle. Era en abril. Me acerca en su coche Rafael Méndez. Atravesamos buen trecho de la ciudad...

Una cancela, en la entrada, da paso al hogar de Alfonso Reyes. Se atraviesa un patinillo, con hierba entre las losas y plantas. Están regando. A la izquierda una puerta. Nos hacen subir. Se desemboca en la gran biblioteca. Dos pisos; miles de volúmenes. Fotografías, idolillos, autógrafos, dibujos, apuntes, algún cuadro. La escalera tiene un pasamanos de metal —caso de que no sea infiel mi memoria—. Arriba está el escritor-poeta. Nos aguarda en el escalón último. Su barbita en punta, sonriente; mitad mandarín, mitad fauno. No soy irreverente al decirlo, ni creo ser falaz. Con sus ojillos entornados, vivaces, su estatura rechoncha, sus cabellos entrecanos, deja una estela burlesca, irónica. Pienso en las estatuillas chinas...

Nos hace acercarnos a la mesa de trabajo. Le pido permiso para fumar.

(Diversos ceniceros.)

Está sentado de espaldas a la luz. La biblioteca parece «pública», de inmensa que es, pero es personalísima. Volúmenes en varios idiomas. Dedicatorias. En el ángulo un busto de Napoleón.

Nos menciona su corazón desgastado. «Por el uso», pienso. «Quien lo utiliza poco dura.» Alfonso Reyes ha debido someterle a jornadas intensas, epicúreas y sentimentales. Su aire burlesco, inteligente, lo denota. Ha leído, escrito, trabajado mucho este hombre. Ha debido vivir: amar...

—Mi infarto... —dice—. Y añade: Un día me encontrarán aquí caído —señala el suelo, junto a su sillón—. Una enfermedad limpia...

Saco yo la conversación de España, y él corrobora con afán su sentimiento españolista. Mira a lo lejos, extrayendo del pasado imágenes y vivencias.

«Tierra telúrica, vital... A España le sube tierra, fuerza por las raíces; como a esos árboles grandes, viejos...»

Su voz es densa al decirlo. Hace un gesto amplio, anchuroso con los brazos. Y su mano se hace cuenco, de abajo a arriba.

Esta voz ya no existe. Nos despedimos.

—Voy a avisar—dice.

Estoy a punto de reír. Se ha puesto los dedos en la boca y ha lanzado un silbido. Suena abajo la puerta, abriéndose. Se queda en el rellano de la escalera. Descendemos. Desde allí nos habla:

—Perdonen. No bajo...—señala su corazón—. Estoy aquí como el perro en su estaca.

Retengo la frase y la apunto al salir, con todas sus letras. Fué lo penúltimo que escuché de sus labios. Una frase seca, castiza, sin convencionalismo alguno, pero quizá estudiada. Debió repetirla otras veces, a visitantes anteriores. Tenía el temor y la vanidad, sin duda, de su infarto «a la moda», que le amenazó, le restó eficacia, movilidad, y que ahora se lo ha llevado. Según la noticia de prensa, por la que sé de su muerte, estuvo en Cuernavaca, alejando el peligro. No sirvió. Volvió para morir allí, a su biblioteca, donde yo le conocí y conversé con él. Pidió, según parece, que le pusieran una cama entre los libros. Sería abajo, en el piso de entrada, para ahorrarse las escaleras.

Afuera regarían el jardincito, como el día que yo estuve, con una goma delgada, color plomo, que parecía una culebra...

He aquí sus palabras finales:

—«Salúdeme a todos mis viejos amigos. Usted sabe.»

«Bello caso de destino fatal resuelto», dijo Juan Ramón Jiménez en sus *Españoles de tres mundos,* viendo a don Alfonso Reyes transitar caminos indígenas, mejicanos y españoles en busca de lo total y permanente. Y emocionante fidelidad, hasta el fin, agreguemos, a este destino resuelto. Destino de escritor afincado en su tierra ancestral, pero que sabe también mirar por encima del horizonte, hacia lo universal; de escritor que, de pie sobre su tiempo y sobre el patrio terruño, se apoya en la tradición y tiene una mano sobre el alado corcel del futuro. Fidelidad hasta la muerte, su muerte.

A mí me conmueve hasta las raíces este heroísmo sencillo de morir en su ley de escritor, como otros en su ley de condotieros. Este morir leyendo y escribiendo, entre libros como espadas.

El antevió su muerte, contemplándose, escritor en metáfora de labra-

dor que sin flojedad y sin vehemencia va regando simiente en el surco trazado por su mano:

Mientras llega la hora señalada,
el brote guardo, cuido del injerto
el tallo alzo de la flor amada,
arranco la cizaña de mi huerto,
y cuando suelte el puño de la azada
sin preguntarlo me daréis por muerto.

(«La azada, la pluma».)

☆

LA SONRISA COMO ACTITUD

Todos coinciden al señalar su radical bondad. «Soy en el buen sentido de la palabra, bueno», hubiera podido decir con el misterioso y silencioso cantor de Castilla. Juan Ramón le vió con «la sonrisa... fina, tersa, subida a los ojos». Jinete lúcido, domando con sencilla y como olvidada elegancia el patetismo hispanoamericano. Gabriela Mistral, gran catadora de almas, así le vió con su mágica mirada al sesgo:

«Desconcertante Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual están los defectos del hombre de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral. Al revés de eso, una cordialidad fabulosa hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento, del cual vive ese amor.

La conversación, una fiesta. ¿Qué fiesta? La del paisaje de Anáhuac, que él ha reproducido en una prosa de esmalte: la luz aguda, el aire delgado, las formas vegetales-heráldicas. Solidez y finura; antipatía, siempre presente, del exceso. Y la bondad, la bondad circulando por los motivos, suavizando aristas de juicios rotundos. Bondad sin los azúcares de la cortesanía y sin penacho retórico, también como de sangre que corre escondida, pero que se siente tibia y presente.»

Finura. Sencillez. Alegría. Don comunicativo. Fidelidad amorosa al noble oficio de aprender y enseñar. Sereno magisterio. Hondura y comprensión. Melancolía. Tolerancia. Ecuanimidad y magnanimidad en su sentido prístino, etimológico. Gracia. Cortesía. Y, otra vez, bondad. Y amistad, amistad con los libros y los hombres, con el mundo y el trasmundo. He ahí al hombre. En cuatro palabras: simpatía, a la manera griega. Agueguemos que amaba y cultivaba la conversación, mitad de la vida, función superior del hombre, según Gracián.

Todos insisten unánimemente, también, en su tibio don de la amistad. «El culto delicado y cariñoso de la amistad es otro rasgo que en la

vida de Reyes ha sido una lección constante para todos los que no somos mejicanos. En el trato con él y con los otros mejicanos he sentido lo que quería decir otro gran americano, el cubano Martí: «Tengo en Méjico un amigo.» Mucho de lo mejor que Reyes ha escrito —afortunadamente ya reunido en libros— está en esa literatura íntima escrita para los amigos y no para el público..., sus amigos están en todos los sitios donde vivió o por donde viajó.»

En relación con las anteriores palabras de Federico de Onís, recordemos el libro definidor, *Cortesía,* donde reunió Alfonso Reyes dedicatorias, epístolas en verso, brindis burbujeantes, recados, gentiles estrofas de álbum, piropos y galanías. Poesía de ocasión, alada y volandera, siempre lúcida, bella en su línea de estética exigencia. El antedicho libro lleva dos epígrafes: el primero, estas palabras de *Razón de amor:* «Moró mucho en Lombardía para aprender cortesía»; el segundo, esta cita de Lope de Vega: «Sabed por cosa cierta que ha venido la curiosa princesa Cortesía.»

Todo un ideal de la relación afectiva entre los hombres. En otros libros — su deliciosa *Minuta,* por ejemplo— se transparenta el *bon vivant,* el discreto gozador de la vida en su cálida y palpitante superficie, en todo aquello que es decoro, delicia y ornamento de nuestros días mortales: fresca piel dorada, vinos transparentes áureos y rojos, frutas y manjares... Lentamente, morosamente paladeados en sus *Memorias de cocina y bodega.* Y el amor de la mujer, desde los versos sentimentales de la primera juventud y los sensuales y crepitantes versos de la madurez, a los sedientos versos de la vejez cuando ya sólo le mira, en la sombra, la nostalgia de ojos abiertos, afiebrados: «Climas de amor», «Entreacto: a una Afrodita núbil», «Ceres Casera», «Dolor mudo», «Edades de amor»:

... de noche, en casa, el duermevela vago,
el dulceamargo de las emociones,
y aquel paladearlas trago a trago;
suspirar, revolcarse en sus jubones,
y ver que siguen vivos —aunque apago—
dos ojos, como dos palpitaciones.

En resumen: «La sonrisa como actitud, en el sentido en que puede ser sonriente un diálogo de Platón.»

Generación del centenario

Hubo una generación del centenario —muy poderosa y determinante— en todos los países de Hispanoamérica: la de los nacidos en torno a 1890; la de los que llegaban al uso de la vida, las letras y la

política hacia 1910, año secular de los alzamientos emancipadores. Reyes pertenecía a la generación mejicana del centenario. En un ensayo de interpretación histórica y crítica, el mismo don Alfonso ha trazado una vivaz semblanza de aquella época germinal. Los centenaristas heredan del grupo inmediatamente anterior (la brillante generación modernista: Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina, Nervo, Tablada) las sabidurías verbales y las técnicas artísticas. Pero no heredan su «torre de marfil». Y miran a sus inmediatos antecesores con una especie de respetuosa desconfianza. «Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática clásica vacilaba y la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura de los escritores modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio...»

La generación del centenario traía una preocupación educativa y social: la primera desembocaría en su intensa penetración en la Universidad y su quehacer, la segunda intentará expresarse en la revolución mejicana cuyas primeras llamaradas se alzaban en ese momento. Traía también una nueva conciencia artística hecha de rigor y seriedad. Y un anhelo de humanismo y filosofía. «Era aquella, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos.» Les vemos circunscritos por tres líneas ideales: Grecia, España, América (más próxima y concretamente Méjico). «La pasión literaria, sigue Reyes, se templaba en el cultivo de Grecia; redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra; se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional.» Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso y Enrique González Martínez son los cuatro nombres capitales de esta generación mejicana tan poderosamente creadora y renovadora. A su lado el magisterio juvenil y suscitador de su entrañable contemporáneo, el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Todos han muerto. La historia empieza a juzgar y valorar su patética travesía.

Fué don Alfonso Reyes un cabal humanista en el sentido académico o escolar del vocablo y también en su noble sentido vital. Lo fué por su comprensión de la antigüedad como subsuelo y latencia de toda posible cultura, por su conocimiento e inteligencia del mundo greco-latino, por la variedad y amplitud de sus talentos, por su lúcido amor a la antigüedad clásica; todo ello fundado sobre la persona de un varón virtuoso, flor de su pueblo mejicano y de su estirpe hispánica.

Don Alfonso nos habla en alguna parte de su encuentro juvenil con Grecia, que señalará una línea capital de su vida. Pero su Grecia no es la fragante Grecia francesa de la retórica modernista. No es simplemente la Grecia del erudito o el esteta. Es una como calidad eterna, una perpetua y generosa circulación de espíritu y de belleza en el tiempo, un conjunto de valores trascendentes, dinámicos, vivos todavía. Y Platón. Sobre todo y sobre todos el amado maestro Platón. No puedo dejar de transcribir unas líneas en que condensa bellamente la doctrina platónica del amor, la escala dorada del amor particular al amor de los arquetipos: «Amarás un objeto bello, una flor, un crepúsculo, una mujer o una canción, y el amor general de todos los objetos particulares hará que los ames sin desearlos, con perfecto desinterés: la flor se está bien en su tallo; el crepúsculo, en su tarde de otoño; la mujer en su sabroso misterio; la canción en la vaguedad del aire. Y entonces irás descubriendo que amas en las cosas algo superior a las cosas: la belleza en sí. Dichoso, bienaventurado mil veces quien pudiera contemplarla directa, pura y desnuda. Amarás entonces una idea: la Idea. Los sentidos te habrán sido tránsito para llegar a lo que sólo te gusta con el alma.»

Entre los más claros testimonios de su amor a cuanto Grecia significa, citaré solamente: esa obra cenital, que se llama *Ifigenia cruel,* su encantador *Homero en Cuernavaca* y su honda y aguda interpretación de la tragedia.

Mas no es esto solamente. Reyes, acorde con nuestro tiempo, amplía la tradicional concepción del humanismo clásico y le señala un nuevo sentido: «El término humanismo en la Europa moderna vino a significar simplemente el estudio de la antigüedad clásica. Hoy se vuelve al concepto de la responsabilidad social en el nuevo humanismo.» Y luego: «Hay que predicar—por encima de todas las disidencias teológicas en cuanto a la proyección natural de la vida humana— algo como una religión terrestre, que nos despierte el sentido ético de nuestra misión natural. Ayuden todos los sacerdocios, todos los hombres de buena voluntad, todos lo que usan el arte de hablar y escribir.»

Echamos de menos en la obra de Alfonso Reyes el estremecimiento religioso en un sentido cristiano, católico.

☆

Reyes es un clásico en la acepción histórica (lo que dura para siempre), en el sentido estético (de equilibrio entre razón y pasión), en el sentido estilístico (de contención y economía verbal: decir lo más con las menos palabras) y en el sentido más profundo y humano. Clasicismo: humanidad y belleza.

☆

Su estilo cumple el anhelo implícito en la sentencia de Gracián: «es el estilo natural como el pan, que nunca enfada». En su prosa nítida, límpida, tersa, modulada en tono menor, confluyen los signos clásicos. «Tensa y medida, dice Amado Alonso, pensada en voz mesurada, transparente en el pensamiento de línea puro y rezumando jugos vitales de emoción y de estimación: la fantasía sujetada a la arquitectura estimativa y emocional...»

Entre las palabras de su prosa y de sus versos circula la melodía del pensamiento, como la luz entre las formas concretas.

También frente a las ideas su actitud es serenamente equilibrada, clásica. Lo dice mejor Onís: «Su actitud estética rehuye la afirmación rotunda y busca los medios tonos, los matices sutiles, la multiplicidad de caras que contiene cada idea o cada cosa, grande o pequeña. Se acerca a las ideas y a las cosas con una mirada ondulante, inquisitiva y cariñosa, con una amplitud liberal que sólo podríamos definir con un término que no parece tener relación ni con la filosofía ni con la estética, pero que sí tiene especial significación mexicana: cortesía. Cortesía con las cosas y con las ideas, cuidado escrupuloso en el trato con ellas, mesura en el elogio, gracia en la negación, y siempre bondad, una bondad estética, que consiste en comprenderlo todo. Así es como Reyes ha logrado convertir en materia poética todo lo que han visto sus ojos y su espíritu.»

España en su corazón

Don Alfonso Reyes vivió en España diez años decisivos de su vida, entre 1914 y 1924. Años de la fogosa juventud creadora. El amor a España, «esa nación de teólogos armados», circula como una sangre fervorosa por toda su obra. Ciudades de piedra y alma, torres de catedral y de castillo, viejos pueblos desmoronados, viento musical del

Levante, húmeda Galicia, Castilla trágica, seca y heroica Extremadura, dorada Andalucía, fina y rumorosa Cataluña, mesones camineros, blancas aldeas, danzas milenarias... dejan en sus libros y su alma una huella indeleble. Y el pueblo, ese portentoso pueblo español, el pueblo de ese gran poeta que es España, de ese gran pintor que es España, de ese héroe que es España. Oigámosle:

«Recordemos aquí que ninguna nación, sea en su historia política, sea en su obra civilizadora, en sus letras como en sus armas, deja sentir, al igual de España, el aliento del espíritu popular, del grito multánime, que sale de todas las bocas y parece unificarse en el aire, en ráfagas de clara epopeya. El soldado desconocido es el más alto héroe español. Las mayores sorpresas que nos da aquella historia —la reconquista, la lucha contra la francesada, el descubrimiento de América — son obra de la iniciativa popular, que se abre paso muchas veces contra la inercia de sus directores. Ninguna literatura hay más invadida de folklore. Dentro de ella, la grande figura del Fénix de los Ingenios adquiere proporciones fabulosas, confundiendo sus contornos con los de ese inmenso fantasma, que se llama Juan Español, al que no pudo bastarle un mundo para derramar y hacer correr la plétora de su vitalidad generosa.» (Silueta de Lope de Vega.)

Y Castilla. «Castilla la gentil» del viejo cantar cideano. «Castilla patria de la línea recta.» Drama y norma. Epopeya y madrigal. Piedras caídas de la luna. Castilla del recuerdo y la esperanza. Aquí su palabra casi pierde la serena andadura. Y tiembla virilmente, de ternura y asombro:

«Cuando decimos «Castilla», acude a nuestra mente una precipitación de sustantivos graves y trascendentales, y junto a ellos parecen adjetivos y adornos todas las otras condiciones de España. Castilla es cimiento, semilla, tradición, centro, nervio, alma. Castilla es valor, sobriedad, aceptación realista a la vez que liberación metafísica. Es virilidad, pobreza con limpieza, alegría prudente y sin estruendo, virtud sin teatralidad, poesía sin extremos de artificio, justicia no exenta de piedad, heroicidad callada y bondad.

Algo desolada a veces, como en esas llanuras pardas, color de estameña de santo, por donde siempre creemos divisar, a lo lejos, la lanza intachable de Don Quijote. Otras veces, aunque esto se recuerda menos, risueña, sombrosa y perfumada en los oasis de Galiana, Aranjuez, Jarama, Henares y Esquivias, «donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio». Majestuosa en el Guadarrama; eglógica en los dorados mantos de mies salpicados con sangre de amapolas y acianos. Ya ascética, ya dulce, nada falta en su arcoiris patético.

Castilla es la España sin anécdota, indiferente a las ligerezas del turis-

ta que anda en busca de extravagancias. Es la España de piedra y cielo. Hasta Castilla llegó un día el beso voluptuoso de Italia comunicado por la luminosa rada de Valencia, de donde eran los guantes y los perfumes más nombrados, nido de la novelística licenciosa de ha cuatro siglos. Hasta Castilla llegó también la fiebre del oro americano; y Sevilla, puerto de la novelística picaresca, temblaba de sueños amarillos y velas por la mar. Dice el romance de Fernán González, caudillo milenario de la independencia castellana, que la tierra misma se abrió para tragarse a las huestes del rey Almanzor, que llevaban guerra a Castilla. La tierra tiene hoy entrañas más duras. Pero quién sabe, quién sabe.»

Don Alfonso trabajó esos años, ahondando temas de historia literaria, de crítica, lingüística, estilística y filología españolas, en el Centro de Estudios Históricos, a la sombra tutelar y patriarcal del insigne Menéndez Pidal y al lado de Américo Castro, Montesinos, Navarro Tomás, Onís y Solalinde. A esta época pertenecen algunos de sus ensayos más densos y jugosos. Y las impresiones de ambientes, paisajes, libros y personas que luego recogerá en *El cazador, Cartones de Madrid, Tertulia en Madrid...*, páginas que vacilan entre el recuerdo y el juicio, y que participan del estudio crítico, la anécdota y el retrato psicológico (las que aluden a escritores, sus contemporáneos y amigos). He aquí dos felices muestras: una estampa de Azorín en su ventana:

«En mi nueva literatura preceptiva, Azorín queda clasificado como poeta de ventanas. La imagen del hombre a la ventana le es una obsesión. El hombre de la ventana ha visto pasar la historia —la historia humilde, diaria e intensa, la que se ve desde las ventanas— sin que le puedan quitar el dolorido sentir. Todo hombre, en Azorín, aparece como una expectación ante una ventana. A los poetas antiguos y modernos, los imagina siempre en relación con el paisaje de sus ventanas. Azorín es un hombre a la ventana. Su obra toda exhala el misticismo de la celda y la claraboya. Concentrado, pero curioso, tímido: de su casa más que de la calle; pero inteligente, abierto al espectáculo del mundo; —tal un caracol que, desde su hendedura, arriesga los palpos filosóficos y meditabundos.»

Y este acerado dibujo de Juan Ramón Jiménez: «Es pariente espiritual de Góngora. Sus rasgos lo recuerdan. A veces sonríe, pero hay en su sonrisa algo terrible, como una amenaza de mordiscos. Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere la soledad de oro. Y es un sacerdote del silencio. Goethe se veía obligado a escribir con lápiz, porque el rasgueo de la pluma interrumpía su recogimiento poético.»

Sólo menciono ahora, de paso, que no hay espacio para más, sus *Capítulos de la Literatura Española,* casi todos concebidos y elaborados en aquellos años fecundos de su primera residencia en Madrid. Allí sus semblanzas de Lope, Góngora, Quevedo, Ruiz de Alarcón, San Juan de la Cruz, Galdós... El monólogo de Segismundo, etc. Densos de pensamiento, colmados de anticipaciones críticas y de hallazgos históricos, agudos, sensibles, transparentes, son un aspecto fundamental en la totalidad de su obra inmensa y delicada. Me parece ver en ellos el pórtico rotundo y armónico de la grande y hermosa fábrica que en nosotros levanta la crítica de Dámaso Alonso. Serán objeto de un estudio posterior, así como sus indagaciones sobre el destino y sentido de nuestra América y, más anchamente, del mundo hispánico.

... Y MÉJICO...

Viajero: has llegado a la región más transparente del aire...

Poética.—Don Alfonso Reyes declaró muchas veces—ora en lúcida prosa, ora en lucientes versos—, su ética y su estética, las dos alas radiantes de su melodía platónica. Y dentro de su estética, su particular poética.

Reyes tenía veinte años en 1910. Hay en sus versos de entonces el mínimum de rubendarismo posible en ese momento. Pero allí está la sombra del padre y maestro mágico. Y, finalmente asimilados, otros influjos del momento: los consabidos de origen francés, bebidos en su fuente original. Le seducen—signo del tiempo—los temas de cultura, tratados en la línea parnasiana apenas humedecida por él simbolismo. Y apunta ya el helenismo—sonetos a Chenier, reminiscencias de Du Bellay—que tan poderosamente fecundará y determinará buena parte de su obra posterior. Apasionadamente, él nos lo ha contado, persigue su autenticidad personal y americana.

En primer lugar, frente al declinar del fastuoso crepúsculo rubendariano (hablo de rubendarismo, no de Rubén Darío), frente al marchito aroma de la descaecida rosa modernista, busca y halla una nueva sencillez. El sabe muy bien a su maestro Mallarmé: lo ha traducido y glosado bellamente. La heroica estética mallarmeana constituirá para don Alfonso una como áscesis del verso. Y los puntos de mira serán: depuración, nitidez, sobriedad, concisión, canto llano, insinuación, casi silencio. Ha oído también aquello de «tuércele el cuello al cisne»:

Escojo la voz más tenue
para maldecir del trueno,
como la miel más delgada
para triaca del veneno...

... Cada vez menos palabras;
cada poema, un latido;
cada latido, universo.

Llaneza. Sencillez. Poesía en voz baja, de tan pura tradición mejicana. Anécdota, pero anécdota trascendida, elevada, si no a eternidad, a ensueño casi intemporal. «Quédate callado y solo, casi todo sobra y huelga.» Y luego:

Y lo que cantas dormido
es tu canción verdadera.

La gracia, digámoslo también llanamente, la gracia —¡oh!, gran don Alfonso; ¡oh!, Lope; ¡oh!, Garcilaso; ¡oh!, querido maestro Azorín—, consiste en eso: en esas pocas palabras donde haya un latido de misterio, una sonrisa de la belleza, un parpadeo de la música, un aroma incoercible; en eso que parece tan fácil, tan sencillo y hacedero.

Y ya tenemos a don Alfonso Reyes en lo suyo. Dueño de su poesía madura y primaveral. Natural y elegantísima. Del campo y de la academia. Popular y refinada. De su poesía hablada coloquial, conversacional, y con su punta de conceptismo razonador. Pero impregnada de perpetua gracia, penetrada de jugos culturales de todas las culturas del mundo. Don Alfonso realizó antes que nadie y mejor que nadie en nuestra lengua española el anhelo moderno concisamente expresado por Eliot: «Hay una ley de la naturaleza más poderosa que ninguna de esas influencias del exterior y del pasado; esta ley exige que la poesía nunca se separe demasiado de nuestro lenguaje diario. Utilice el verso métrico o silábico, el blanco o el rimado, el libre o el clásico, la poesía no podrá permitirse perder el contacto con el lenguaje variable de los intercambios comunes.»

Temática

Dejemos de lado los temas de recreación erudita, helenística en especial —*Homero en Cuernavaca,* por ejemplo—, resueltos siempre con tanta galanía. Y su inolvidable *Ifigenia cruel.* Y los versos de tono burlesco y desenfadado, dignos de su maestro Góngora. Pasemos también sobre aquellos otros en que abiertamente desafía al prosaísmo, y anda equilibrándose con su gracia e ingenio, sobre el filo de la navaja, digo de la prosa. La obra suya más verdadera y cabal está en la nostalgia: nostalgia de amor, de patria y de paisaje, de amistad. Y luego, poesía de las cosas cotidianas. De «la vida cotidiana», como quiere mi

amigo Eduardo Cote Lamus, en su bellísimo libro reciente. Hondura. Levedad. Humanidad.

A lo largo de su obra poética viene a decirnos don Alfonso Reyes que todo lo humano puede trasmutarse en poesía. Viejo cantar hispánico, siglos atrás enunciado en latín por un poeta español de Calatayud, llamado Marco Valerio Marcial. Es la tensión con que el poeta la vive, lo que eleva la vivencia personal a la zona de lo que llamamos poesía. Y algo de tono, de grado, de matiz, en la expresión, algo indefinible que subyace misteriosamente bajo la palabra poética. Pero, ante todo, he dicho, en don Alfonso el tema de la nostalgia: con el cual el poeta toca la esencial raíz del lenguaje como testimonio del yo frente a la fugacidad de nuestras vidas y de las cosas que las rodean. La palabra poética, hecha añoranza elegíaca, quiere detener lo que una vez formó parte de nuestro corazón, lo que ha sido experiencia única, intransferible e irrepetible. En esta forma, la palabra poética se enfrenta con el tiempo y con la muerte:

Por esas casas que visito en sueños,
confusas galerías y salones,
pálido el rostro, los amigos muertos
asoman en lo alto de las torres...

Don Alfonso defendió donosamente la poesía de circunstancias, y con ello defendía su propia poesía y casi toda la poesía, desde los griegos hasta Jacques Prevert. Oigamos sus palabras magistrales y aleccionadoras:

«Marcial consagró buena parte de su obra a los versos de circunstancias o versos de ocasión. El exquisito Góngora escribía décimas y redondillas para ofrecer golosinas a unas monjas. No es lo menos bello de Sor Juana cuanto se le caía de la pluma como parte de su trato social. El recóndito Mallarmé dibujaba estrofas en los huevos de Pascua, ponía en verso las direcciones de sus cartas, hacía poemas para ofrecer pañuelitos de Año Nuevo y tenía la casa de Mary Laurent llena de inscripciones. Y Rubén Darío, Margarita Adela Villagrán, etcétera, para no hablar de tantos otros. ... Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho, no sabe cantar; que quien sólo trata en versos para las cosas sublimes, no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas.»

La poesía de don Alfonso Reyes es, ante todo, la poesía de un hondo humanista moderno. Allí, pues, dechados platónicos y números pitagóricos, savia de las encinas homéricas y miel de las diosas de Jonia. Pero también personas y cosas y sitios de su América y de su España: sol de Monterrey, cazadores, jinetes y vaqueros, contrabandistas meji-

canos, frutas americanas de nombre carnal y sangre melodiosa, trovadores del pueblo, aire limpidísimo de Madrid, puertos del Caribe, muchacha de Río de Janeiro, «ojos de azúcar quemada», «trigueña nuez del Brasil», y la blanca dama de Andalucía, con su torre y con su flor, y las mozas de canela con ojos deslumbrantes de café negro de su tierra natal...

Como los grandes clásicos de nuestro Siglo de Oro: el Lope de lo airoso y lo garboso, el de la estilización e invención de lo popular, el Góngora de lo jocundo y lo picante (tan cerca los dos de su mente y de su corazón), supo aliar lo popular y lo culto, lo vivo tradicional y lo viviente de hoy:

Guardo mejor la salud
alternando lo ramplón
con lo fino,
y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé.
... Algo de ganga en el oro
algo de tierra sorbida
con la savia vegetal;
la voz, perdida entre el coro;
cera en la miel del panal;
y el habla vulgar fundida
con el metal
del habla más escogida.

Así, pues, tres venas esenciales en la poesía de Reyes: lo clásico en el sentido grecolatino, lo clásico en el sentido hispánico y lo americano, confluyendo en su original autenticidad. Y, en torno, las gracias y sabidurías de todo lo moderno. Y, sobre toda cosa, el testimonio de una vida bella, bellamente expresado.

Por último, el radical mexicanismo de sus versos. Ese como capitoso vaho de oro que sobre ellos se respira: entretejido aroma de hierbas, de agua, de tierra, de fruta y aire y piel animal. Hablándole a su poesía, a la más característica y memorable, podría repetírsele lo que dijo el propio don Alfonso a la también memorable Salambó-Salambona en un romance irrepetible:

¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
sabes a vino de dátiles,
a naranjas y a clavel,
a canela y azafrán,

a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blando y dura nuez.
Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.
Sabes a égloga pura
cantada con el rabel.
Sabes a leña olorosa,
pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente,
que cada noche es mujer.
Al aire de mis montañas,
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se me fué.
Sabes a todos los sueños
que a nadie le confesé.

FINAL

Murió en la su tan amada «región más transparente del aire», «y nos dejó una flor: su simpatía».

Eduardo Carranza
Calle 63 B. 23-25
BOGOTÁ (COLOMBIA)